

se á manos de otros lo que puede perderlos, y condenarlos!

2 No basta desviar de tí, ni apartarte tú de todo lo que puede lastimar la pureza: es menester cultivar con cuidado todo lo que la nutre, todo lo que la perfecciona. Primero: el vicio contrario á esta virtud es el vicio ordinario de las almas orgullosas, y soberbias: sé manso, sé apacible, sé humilde y conservarás puro el corazón. Segundo: la castidad es una virtud tan preciosa, tan necesaria á todo género de personas, que incesantemente se debe estar pidiendo á Dios nos la conceda. Haz todos los días alguna oración particular para conseguirla, como por ejemplo la siguiente:

«Dadme, ó Dios de la pureza, dadme gracia para conservar
«toda mi vida esta preciosa virtud. Haced que arregle de suerte
«mi imaginación, que tenga tan á raya mis sentidos; que me
«desvie con tanto cuidado de todas las ocasiones; que mire con
«tanto horror todo cuanto pueda manchar mi cuerpo, y mi alma;
«en fin, que en este punto tenga una conciencia tan deli-
«cada, que nada, nada pueda tiznar en mi esta virtud ines-
«timable.»

3 Profesa una particular devoción á la Reina de las Virgenes. María es madre de la pureza, y consigue infaliblemente esta virtud á los que la aman con ternura, y la sirven con fidelidad.

DIA XI.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES SATURNINO, presbítero, DATIVO, FELIX, AMPELIO, Y SUS COMPAÑEROS, en Africa, los cuales habiéndose congregado como lo tenían de costumbre á celebrar los santos misterios en la Iglesia, fueron presos por los soldados en la persecución de Diocleciano, y martirizados por orden del procónsul Anolino. (*Véase su vida en las de este día.*)

LA CONMEMORACION DE UNA GRAN MULTITUD DE SANTOS MÁRTIRES, en la Numidia, que habiendo sido presos durante la misma persecución de Diocleciano, porque no quisieron entregar las santas Escrituras, conforme al edicto imperial, fueron cruelmente martirizados y finalmente muertos.

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCIO, obispo, Y SUS COMPAÑEROS, en Andrinópolis: S. Lucio habiendo padecido muchos trabajos de parte de los Arrianos, en tiempo de Constancio, consumó su martirio en la prisión; sus compañeros, que eran de la nobleza de la ciudad, no queriendo comunicar con los Arrianos, recientemente condenados en el Concilio Sardicense, fueron degollados por orden del gobernador Filagrino.

SAN DESIDERIO, obispo de Viena y mártir, en Leon de Francia. (Fué elegido para suceder á S. Avito, y murió en 11 de febrero del año 600.)

SAN CALOCERO, obispo y confesor, en Ravena.

SAN LAZARO, obispo, en Milan.

SAN CASTRENSE, obispo, en Capua.

SAN SEVERINO, abad del monasterio de S. Mauricio, en Chateaulandon, en Francia, por cuyas oraciones el piadoso rey Clodoveo sanó de una larga enfermedad.

SAN JONAS, monge, en Egipto, esclarecido en virtudes.

SAN SATURNINO, Y COMPAÑEROS MÁRTIRES.

EN la terrible persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano, no satisfecho su encono con las innumerables crueldades que ejecutaban cada dia con los cristianos, se estendió su perversidad á prohibir con rigorosísimas penas todas las funciones, ritos y sacrificios de la religion, llegando su furor al extremo de mandar arrojar á las llamas las santas Escrituras, con el fin de extinguir todos los medios que pudiesen contribuir á conservar el sagrado depósito de la fe. Por temor de tan impíos decretos se vieron en precision los cristianos de celebrar los oficios divinos en los cementerios, catacumbas, cenáculos, y lugares mas ocultos; en cuyos congresos santos participaban del cuerpo y sangre de Jesucristo, y se esforzaban mutuamente á padecer por su amor.

Supieron los magistrados de Abitinia, ciudad de la provincia proconsular de Africa, que en casa de un ciudadano principal, llamado Octavio Felix, se congregaban varios cristianos á celebrar los oficios divinos, con la cautela observada en aquellas calamitosas edades, y que Saturnino, como sacerdote, ejercia las funciones propias de su ministerio; y queriendo dar pruebas de su celo sobre el cumplimiento de los edictos imperiales, le mandaron prender con los fieles asistentes á aquellos congresos sagrados, que lo fueron sus cuatro hijos, Saturnino y Felix lectores, María virgen consagrada á Dios, é Hilariano infante de pequeña edad, Dativo senador de la ciudad, Felix, Emerito, Ampelio, Rogaciano, Rogato, Genaro, Casiano, Victoriano, Vicinio, Ceciliano, Restituta, Primeba, Givalio, Pomponia, Segunda, Genara, Saturnina, Martino, Margarita, Honorata, Matrona, Cecilia, Victoria y otros, hasta cincuenta confesores de Jesucristo, todos los cuales, creyéndose obligados á dar un firme testimonio de su constancia en la religion, nada inferior en la defensa de la palabra, y espíritu de Dios contenido en las santas Escrituras, lo ejecutaron así valerosamente, sirviendo solo



S. SATURNINO PRESB. Y M.

el rigor con que se condujeron los perseguidores , para despertar mas el ardor de aquellos fieles , que se hallaban llenos del Espíritu Santo , dispuestos á sostener generosamente los combates que les hacian las potestades de la tierra , incitadas del infierno , y á dar la sangre para sellar con ella las verdades eternas encerradas en los libros canónicos , que de todos modos solicitaban extinguir los enemigos de la fe.

Esta primera confesion les hizo conseguir el primer triunfo en el mismo lugar donde Fundano , obispo de aquella ciudad , tuvo la flaqueza de poner los sagrados Libros en manos de los gentiles , y donde la justicia divina habia ostentado su poder por medio de una lluvia imprevista , que cayendo estrepitosamente , cuando el cielo parecia estar mas sereno , apagó la hoguera encendida por los paganos para abrasar los santos códigos , acompañada de un furioso granizo , que arruinó todo el pais , haciendo ver se armaban todos los elementos para la defensa del atentado sacrilego. Sin embargo de tan raro portentio que intimidó aquellos implacables jueces , para que la causa de tan ilustres prisioneros hiciese aun mas gran ruido , y pareciese en mas público teatro á los ojos del universo , no queriendo por sí resolver sobre la condenacion de ellos , les hicieron conducir entre cadenas á la capital de Cartago , donde presentados al procónsul Anolino con el proceso instructivo , trató ante todas cosas de averiguar la verdad de aquella causa , valiéndose de cuantos medios pudo sugerirle el enemigo de la salvacion ; pero conociendo ineficaces todos sus esfuerzos para rendir á la santa comitiva , le pareció conveniente atormentar á sus individuos con separacion.

Deseoso el procónsul de saber si con efecto era Saturnino el autor principal que reunia á los fieles en los congresos sagrados , que fueron la causa de su prision , despues de haber hecho atormentar á Atelico y Dativo ; preguntándole sobre este particular : aunque Emerito lector dijo en alta voz : yo soy el que debe llamarse autor de las asambleas , porque siempre he franqueado mi casa para que las celebren los cristianos ; disimulando la cólera el tirano por entonces , por no interrumpir el interrogatorio de Saturnino , exigió de él la contestacion ; y confesándolo así ingenuamente con espresiones sentenciosas , dignas de la sabiduría , y del valor de un sacerdote , que tenia el honor de estar por su carácter á la frente de los otros mártires , á quienes debia dar ejemplo en la confesion , y fortaleza ; el soberbio procónsul en tono bastantemente airado , principió á reprenderlo diciéndole : Pues ¿ cómo te atreves á obrar así contra los decretos imperiales ? Porque mi ley me lo manda , respondió el Santo ; y es

funcion propia de mi carácter. Concibió tal ira Anolino al oír estas palabras , que fueron las únicas satisfacciones á las muchas reconvencciones que le hizo sobre la criminalidad de semejantes procedimientos , que mandó azotarle con la mayor crueldad. Arrojárónse los verdugos al venerable anciano con tanta rabia , que no contentos con los instrumentos regulares en la ejecucion de aquel castigo , despedazaron su cuerpo , dislocaron sus miembros hasta el estremo de aparecer sus entrañas con horror hasta de los mismos paganos , sin que se le oyesen otras quejas en brutalidad tan bárbara , que clamar al cielo con las espresiones propias de un espíritu abrasado en el amor divino , diciendo : *Señor mio Jesucristo , yo te ruego me oigas , ten de mi misericordia , Dios mio , yo te doy gracias , asísteme por tu infinita bondad.*

Hizo en seguida el tirano comparecer á Saturnino , hijo del antecedente , y ponerle á la vista de su padre : persuadióse que intimidaria su espíritu con tan horroroso espectáculo ; pero fué tan al contrario , que concibió mayor brio , y deseo de ser participante de los triunfos que miraba : reconvenido por el procónsul sobre si era cierta su asistencia á los congresos sagrados , y la retencion en su poder de las santas Escrituras , como lector de los cristianos , respondió con valentía , por lo que respecta á éstas , que las tenia escritas en su corazon , y en cuanto aquéllos que no podia faltar siendo cristiano. La repeticion de estos hechos , única satisfaccion á las muchas réplicas que le hacia Anolino , irritó en tales términos su ánimo , que mandó atormentarle cruelmente en el mismo potro donde se hallaba el padre , y bañándose en la sangre del que le dió el ser , confesaba públicamente le servia de la mayor recreacion.

Cansados los verdugos , y no menos el tirano , quiso explorar á los demás fieles á la vista de los mártires , discurrendo , que el horror de aquel estrago seria capaz de acobardarles ; pero ansiosos todos de padecer por amor de Jesucristo , y de ser compañeros en la gloria con los que lo fueron en las funciones sagradas , respondieron á una voz eran cristianos , dispuestos á sufrir gustosamente todas las clases de tormentos que pudiera discurrir , en la defensa de los sagrados congresos , y santas Escrituras.

No se intimidó el sexo femenino de las ilustres matronas , comprendidas en la santa comitiva , antes bien con valor excesivo á su fragilidad , toleraron alegres las mas esquisitas penas de que se valió el procónsul para rendirlas , brillando el poder divino en todos , y en cada uno de aquellos célebres individuos contra todo el abismo , lleno de confusion á vista de su constancia.

A Victoria , una de la ilustre sociedad , flor de las vírgenes ,

santísima por su religiosidad, recomendable por sus costumbres, hermosa en extremo; pero mas brillante por su eminente virtud; distinguió el procónsul como hermana del senador Fortunato, y convidándola con la libertad en el caso de querer vivir en compañía de su hermano; la Santa despreció su oferta, respondiéndole, que siendo como era cristiana, solo eran hermanos suyos los que guardaban los preceptos de Dios verdadero, no de los falsos; en vista de lo cual la condenó á morir con los demás mártires.

Lo que mas llenó de asombro á los circunstantes fué la generosa resolucion del infante Hilariano, hijo de Saturnino presbítero, á quien discurrió el tirano pervertir por sus pocos años; pues preguntado sobre la misma causa, deseoso de ser participante de los triunfos de su padre y hermanos, confesó con valor escesivo á su edad, que era cristiano, y por tal debia seguir la práctica laudable de su religion. Amenazóle el tirano con que le mandaria degollar y cortar las orejas y narices en señal de infame; pero despreciando semejantes amenazas, sufrió con no menor brío que los adultos los esquisitos tormentos á que le condenó el bárbaro, olvidado de la natural compasion á que mueve la ternura de la infancia, logrando todos los dichos la corona del martirio por el año 303, en la prision á que fueron destinados despues de atormentados, donde murieron en diferentes tiempos, unos de las heridas, otros por la inmundicia, é infeccion del calabozo, y la mayor parte de hambre y miseria; á lo que dieron lugar los urgentes negocios ocurridos al procónsul, tocantes á su ministerio, los cuales le impidieron concluir prontamente el sacrificio, que habia principiado.

LOS SIETE SIERVOS DE MARÍA, FUNDADORES DEL ÓRDEN DE SERVITAS.

EN todos tiempos ha manifestado María Santísima nuestra piadosa Madre, lo mucho que ha hecho en obsequio de sus hijos. Defenderlos contra los ataques del mundo, demonio y carne, sostenerlos en sus combates, fortalecerlos en sus tentaciones, aliviarlos en sus penas, protegerlos en sus peligros, y socorrer todas sus necesidades; estos son los oficios que ha hecho con todos los hombres, y que hace aun continuamente ahora con nosotros. Su generosa liberalidad se estiende á todos, pero principalmente se muestra mas compasiva y tierna con sus amados hijos; esto es, con los que hacen profesion de ser sus fieles imitadores, con los que se glorian de ser verdaderos siervos suyos, y con los que se emplean en meditar sus acerbos dolores. Á estos hace ostentacion y

alarde de abrir el inmenso tesoro de sus gracias; á estos les ofrece gustosa el piélagó inagotable de sus beneficios; á estos les comunica el raudal copioso de sus riquezas; á estos busca, solicita, ampara, protege y asiste muy particularmente; á estos, en fin, ofrece el lleno de un amor sin medida y sin limites, y les dispensa el singular favor de llamarlos sus hijos. ¡Qué dicha! ¡qué honor! De este modo fueron honrados aquellos siete célebres y afortunados caballeros, naturales de Florencia, llamados BUENHIJO, AMADEO, BONAJUNTA, MANETO, SOSTENO, UGON y ALEJOS. La Virgen quiso premiar su generosa resolucion de emplearse en su servicio, llamándolos para sí, y adornándolos con el lleno de tantas virtudes, á fin de ponerlos al frente de la religion que queria fundar con el título de *Siervos de María*. Así fué.

Deseosa la Madre de Dios de manifestarnos que tambien lo es nuestra, nos quiso dar el testimonio mas auténtico, y la prueba mas irrefragable del ilimitado amor que tiene á sus hijos, y de que queria ejercer con éstos las augustas funciones de una Madre la mas compasiva, fundando la religion de los Servitas, cuyo instituto principal fuese meditar sus penas vehementísimas, y sus acerbos dolores. Nada mas grato para la Virgen, y nada mas útil para nosotros. Las maravillas, los portentos se suceden unos á otros en el establecimiento de esta religion, y esto es una señal evidente de lo agradable que la es.

Escogidos los siete ya referidos Santos por el Altísimo para llenar los designios de su providencia, prevenidos con singulares gracias para que como astros luminosos brillasen á la faz de todo el mundo, se dedicaron desde luego á los ejercicios de la mas sólida piedad.

Para poderlo hacer con mas facilidad, se alistaron en una congregacion erigida en la ciudad de Florencia titulada de los LAUDENSES, ó de los que alaban á la Virgen; en donde se reunian los mas ilustres personajes de la nobleza. Emplearse en alabar á María Santísima, ejercitar con los menesterosos, enfermos y encarcelados, todos los oficios de la misericordia, inspirar la union, y ejercer la caridad con todo género de personas, estos eran los nobles sentimientos, esta la conducta de los individuos de esta célebre y piadosa congregacion. Sobre estos cimientos se habia de construir el suntuoso y magnífico edificio de la religion de los Servitas, que con el tiempo habia de ser otro de los baluartes de la Iglesia, y el asilo de la Religion. Entre estos se distinguian por su fervor, por su devocion y por su caridad nuestros Santos.

Se reunieron los indicados congregantes en su capilla el día

15 de agosto del año de 1233, como lo tenían de costumbre, para celebrar el misterio de la Asuncion y Coronacion de la Virgen. Se prepararon con la confesion y comunión, y después tuvieron sus acostumbrados ejercicios de meditacion. Esta fué sobre su felicísimo tránsito. Al considerar la pompa y magnificencia con que subió al cielo la Hija del Altísimo, la Madre del Salvador y también nuestra, y la Esposa del Espíritu Santo; al meditar el aparato con que la Reina de los Angeles fué recibida por la Trinidad Beatísima, los trasportes de júbilo de su amado Hijo al ver á su querida Madre mas hermosa que la luna, mas resplandeciente que el sol, y mas brillante que las estrellas, y los raptos de amor de tantas legiones de ángeles y bienaventurados que con afectos de respeto y veneracion la salieron al encuentro, entonando los mas armoniosos cánticos de júbilo y complacencia, de alegría y regocijo, por ver coronada ya en el cielo á su Reina, á su medianera, á su abogada, y á su corredentora, al considerar, repito, á María Santísima en la Jerusalem triunfante sentada al lado de su Hijo, en el trono mas inmediato á la Divinidad; cuando engolfados nuestros Santos con esta consideracion, y embriagados con el delicioso néctar de la contemplacion, sentian atónitos y enajenados las dulzuras inefables del triunfo de su amantísima Madre, y su gloria inesplorable; he aqui cuando quiso corresponderles de un modo admirable y prodigioso. «Vosotros sois, hablándoles en lo interior «de su alma, á quien he escogido entre tantos fieles siervos «para que seais los primeros fundadores de la religion que «pienso lleve mi nombre, y los que han de vestir el hábito «que les designaré, y daré como en prenda de mi predileccion «particular con vosotros. Esta honra tan singular os la quiero «hacer por el esmero con que procurais estender la devocion «de mis dolores, y por la caridad que teneis con el prójimo.» Luego que les dijo esto con un aspecto majestuoso, y con un tono alegre, placentero y afable, se retiró.

Atónitos estaban los siete afortunados varones al considerar el favor tan grande que les dispensaba la Virgen, y su dignacion tan particular en manifestarles sus designios, considerándose ellos en menos que el polvo de la tierra, é indignos de esta merced. Se miraban unos á otros, porque ninguno se atrevia á manifestar lo que habia entendido. Su profunda humildad les inspiraba aquellos sentimientos que son propios de los que detestan el abominable vicio de la soberbia. En estas dudas y perplejidades cristianas, en esta santa confusion y timidez religiosa ninguno se atrevia á hablar. Rompe al fin el silencio

Buenhijo Monaldi, que era el que tenia sobre los demás cierto ascendiente y superioridad por su mayor edad, por lo ilustre de su nacimiento y familia, por su fina educacion, por su prudencia y demás prendas que le adornaban; y les habló de esta manera: Ya habeis visto, hermanos míos muy amados, las grandezas de las misericordias de Dios. Sin mérito alguno nuestro se ha dignado la Reina de cielos y tierra manifestarnos su voluntad. Por lo que advierto en vuestro semblante, por todas las señas que observo en vosotros, creo que la misma revelacion que me ha hecho á mí, ha sido estensiva también á vosotros. Todos contestaron que efectivamente habia sido así.

Con este prodigio se encendieron mas sus ánimos en el servicio de la Virgen Maria, hicieron una generosa resolucion de ser fieles á tan gran beneficio, determinaron renunciar á todos los placeres del mundo y á todos sus honores; repartieron sus bienes y haciendas á los pobres, y después de arreglar todos los negocios de sus casas se retiraron á un pequeño oratorio no muy apartado de los muros de la ciudad. En él permanecieron por algun tiempo entregados á todo ejercicio de virtudes bajo la direccion de Buenhijo Monaldi, á quien eligieron por su superior. Su ocupacion unas veces era meditar en la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, en los dolores de su Santísima Madre, y en alabar continuamente á la que ellos llamaban su fundadora, y otras en ejercitarse en obras de caridad. Su conducta era ejemplar é irreprochable. Jamás se les vió adustos, taciturnos y agrestes con los demás. Eran benignos, afables, amorosos, corteses y obsequiosos en su trato y comunicacion con las gentes: solamente para ellos eran austeros y mortificados.

Como deseaban frecuentar los sacramentos, invitaron á un sacerdote para que les dijese misa, y les acompañase. Este les dió la primera investidura de penitentes el dia de Navidad de la Virgen en el mismo oratorio, y en sus manos hicieron el voto de obediencia á Buenhijo, todo con arreglo á la instruccion de su obispo llamado Arduigo. No hay espresiones para ponderar bastantemente el júbilo y la alegría de sus corazones al verse vestidos con un tosco hábito, y al contemplarse pobres y necesitados por Jesucristo. Sus mayores delicias eran el haberse desprendido de sus riquezas en obsequio de los menesterosos. Llegó á tal extremo, que siendo tan ricos, tuvieron necesidad de pedir lo necesario para su alimento. Un desprendimiento tan grande de lo terreno no podia menos de ser recompensado. Así se verificó. Determinaron salir á pedir limosna por la ciudad: al intento impetraron la licencia de su obispo, quien gustoso accedió á su solicitud.

Deseando corresponder á los beneficios que con tanta liberalidad les dispensaba su prelado, fueron todos siete á felicitarle las Pascuas del mismo año, y á manifestarle su gratitud y reconocimiento á tantos favores como habian recibido de su generosidad. Formáronse de dos en dos, y fueron via recta á su habitacion. Verlos las gentes, y admirarse, todo fué una misma cosa. Su traje penitente, su majestuosa gravedad, su edificante compostura, su circunspeccion sin ficcion, y sus semblantes tan alegres, afables y benignos mostraban bien claramente la tranquilidad de su alma, y el fondo singular de virtud. No se les podia mirar sin formar la mas alta idea y el concepto mas elevado de sus personas. Sus rostros despedian unos rayos de luz celestial que admiraban á todos. Las gentes concurrían presurosas á ver á estos hombres prodigiosos. El jóven como el anciano, el pobre como el rico, las mujeres como los niños á porfía se agolpaban para verlos. Al punto resonaron por toda la ciudad aquellos ecos prodigiosos, *estos son los Siervos de Maria*. Hasta los tiernecitos infantiles de menos de cinco meses pronunciaron estas voces, y alternaban con los demás en las alabanzas debidas á los que eran siervos de la Madre de Dios. Uno de ellos fué S. Felipe Benicio, que tanto lustro dió despues á esta misma religion y que fué su astro mas luminoso. Así premia Dios muy anticipadamente aun en esta vida á los que le sirven; así remunera sus servicios, así ensalza á los humildes.

Llenos pues de confusion suya y no sin gran dificultad llegaron á la habitacion de su obispo, quien ya sabia cuanto ocurría. Su corazon se inundó de un gozo inesplicable al verlos. Sus ojos dieron testimonio con sus lágrimas, cual habia sido su placer. Los saluda afectuosamente, y cual padre amoroso cariñosamente los recibe en sus brazos, y los habla con una ternura la mas espresiva. «Hijos míos muy amados, les dice, veo en vosotros «las misericordias del Altísimo; veo tambien quanto se complace con vosotros la Reina de los cielos. Tantas maravillas, «tantos portentos no pueden ser sino obra del Escelso: no seáis «ingratos á tan visibles favores, adornad vuestra alma con el «esmalte precioso de todas las virtudes: honrad con ellas el «nombre que lleváis; él es el compendio de todas las gracias.» De este modo les habló aquel celoso obispo, y despues de haberles dado su bendicion, se despidieron.

El pueblo todo estaba conmovido; impaciente esperaba que volviesen á salir. Apenas se presentaron otra vez en las calles, cuando se repitieron de nuevo las aclamaciones y las alabanzas, acompañándolos hasta su oratorio: todos decían, *estos son los*

Siervos de Maria. De este modo corresponde esta cariñosa Madre á sus fieles siervos. No solo quiso hacer ostentacion de lo mucho que le agradaban aquellos siete varones con este suceso tan ruidoso y extraordinario, sino que pidiendo limosna dichos Padres el día de Reyes del año siguiente de 1234, se oyeron las mismas aclamaciones, y desatándose igualmente las balbucientes lenguas de los niños, decían á sus madres señalando á los santos varones: *Haced limosna á estos siervos de Maria por el amor de Dios y de la bendita Madre*.

Mas como la diestra del Escelso los tenia reservados para elevarlos á la cumbre de la perfeccion, y valerse de ellos para hacer ostentacion de su amor, quiso separarlos aun mas del mundo; quiso que saliesen del todo de Egipto, para que fuesen á adorarle en espíritu y verdad al monte Senario. Veamos como fué esto.

Los repetidos prodigios que obraba la Virgen por medio de nuestros Santos movió á muchos á frecuentar el oratorio ya referido. La concurrencia demasiada, los aplausos que recibían de las gentes, los deseos de ser desconocidos del mundo, de hacer mayores penitencias, de adelantar en su propia santificacion y de entregarse enteramente á la contemplacion de los inefables misterios de la Pasion de Jesucristo y de los Dolores de su Santísima Madre, les hizo formar la resolucion de buscar un asilo del todo retirado del comercio del mundo. Se proponían por modelo á su Redentor, que se retiró al desierto para nuestro ejemplo; proponíanse tambien las penitencias de los primeros solitarios de la cristiandad: alentábales la confianza sin limites que tenían en su protectora Maria Santísima. Consultan su pensamiento con su obispo, y tuvieron el placer inesplicable de que le aprobase. Obtenida su licencia determinan retirarse al monte Senario distante de Florencia tres leguas: salen con efecto de su oratorio, y se encaminan al desierto. El estar rodeado de otras seis montañas muy elevadas, á cuyos hondos valles apenas podían llegar á iluminar los resplandores rayos del sol, sus erizadas cumbres casi siempre coronadas de nieve, y lo fragoso de éstas y su soledad, al paso que presentaba á sus ojos un objeto de horror, y un aspecto capaz de causar terror y espanto al mas alentado, producía en ellos una interior aceptación y aprecio. Escogieron aquel sitio por mas acomodado á sus ideas, y le destinaron para teatro de la vida celestial que habían resuelto emprender. Se deja discurrir cual sería el tenor de vida de estos siervos. Su ayuno era continuo, sin permitirse otro alimento que las yerbas silvestres, ni otra bebida que el agua, que frecuentemente mezclaban con

sus lágrimas. Sus habitaciones eran unas pequeñas cuevecitas ó grutas que hicieron con unas piedras; que mas parecian sepulcros de muertos que habitaciones de vivos: se acostaban siempre en el duro suelo y de almohada servian las piedras. A estas mortificaciones añadian las del silencio y disciplina; y cuando el sueño debía reparar sus debilitadas fuerzas con algun alivio, entonces se mantenian en vigilia, enviando suspiros al cielo para desarmar la ira de Dios. Su oracion era continua y sus alabanzas á María Santísima jamás se interrumpian. Para hacerlo con mas devocion edificaron un pequeño oratorio muy devoto, aunque pobre: sus corazones se inflamaban con los fervores de la contemplacion; frecuentaban los sacramentos que recibian del sacerdote que les acompañó. Así continuaron en esta vida toda angelical hasta el año 1239, en que á repetidas instancias del obispo se vieron precisados á admitir á otros en su compañía. Les esponia las utilidades tan grandes y los frutos tan indecibles que reportaria la religion con esto, y fué necesario que María Santísima les diese á entender, cuan gustoso le seria esta admision con el siguiente prodigio.

Habiendo salido nuestros Santos de sus grutas el domingo tercero de cuaresma que ocurrió en 27 de febrero en el espesado año de 1239, se reunieron en su oratorio para hacer sus acostumbrados ejercicios de oír misa, confesar y comulgar. Con asombro suyo observaron que la viña que habian plantado el año anterior al rededor de su oratorio estaba vestida de hojas y retoños: advirtieron tambien que todos los montes y valles contiguos estaban matizados con flores muy hermosas. Admiráronse infinito al ver este prodigio, y dieron muchas gracias á Dios, pero no acertaban á comprenderle. Consultáronle con su obispo; oye éste con admiracion este suceso; y puesto en oracion suplicaba á Dios con mucho fervor le diese á entender la significacion de este misterioso acontecimiento. El Señor le manifestó el monte Senario, y en la cumbre de él una vid frondosísima, que dilatándose, con los siete sarmientos le abrazaba todo. Éran éstos tan robustos, lozanos y hermosos, y estaban tan cargados de fruto, que oprimidos del peso, parecia desgajarse: cada uno de ellos producía innumerables renuevos. Estos siete bástagos representaban los siete siervos de María, que cargados con los preciosos frutos de sus virtudes, debian abrazar en el seno de su religion, figurada en el monte, á cuantos quisieren acudir á ella. El obispo subió al monte Senario á otro día, y vió por sí mismo el prodigio. Manifestó á los siete Santos lo que le habia sido revelado por Dios sobre la significacion de este suceso: todos se con-

formaron gustosos con su parecer, y redoblaron sus ayunos, penitencias y oraciones para conocer mejor la voluntad de Dios.

Hicieronlo así efectivamente: todo el resto de la cuaresma fué para ellos un continuo ejercicio de virtudes. Ocurrió el viernes santo aquel año en el día 25 de marzo, en que celebra tambien la Iglesia el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios. La consideracion de su bondad incomprendible en haber querido bajar desde lo mas encumbrado del empero para vestirse de nuestra carne, y del misterio inefable de la crucifixion del mismo Señor, que celebraba la Iglesia aquel mismo día, embargó sus potencias, enajenó sus sentidos, y causó en sus ánimos un tan vivo y penetrante dolor, que hubieran muerto al impulso de la vehemencia de sus penas, si la Virgen no los hubiera sostenido. Condolida de ellos esta piadosa Madre, para consolarlos, se les apareció en una nube resplandeciente que le servía de trono majestuoso, á la que acompañaban innumerables ángeles, de los cuales unos traían las insignias de la pasion y otros un hábito negro; este llevaba en la mano un libro que era la regla de S. Agustin, y aquel una verde palma y un rótulo escrito con letras de oro, que decia así: *Estos son los siervos de María*. La Virgen llena de agrado y con ternura de Madre amantísima les dice: «Aquí estoy yo que soy Madre de Dios obligada de vuestros ruegos: vengo á daros muestra de mi amor, ya que os «acogí en primicia de mis siervos, para que cultiveis la viña de «mi Hijo: os agradezco mucho lo que me habeis servido; por «tanto quiero que de hoy en adelante vistais este hábito negro, «en memoria de mis dolores, soledad y viudez que padecí en la «pasion y muerte de mi Hijo, para que con él hagais memoria á «los hombres de mis penas.» Despues desapareció.

Se deja discurrir la turbacion que produciría esta vision en el ánimo de aquellos bienaventurados solitarios. Su humildad profundísima les inspiraba la idea de que se contemplaban indignos de tantos y tan extraordinarios favores. Enajenados con tan repetidas gracias, llena su alma de aquellas celestiales emociones que solo las puede sentir el que las experimenta, volvieron de nuevo á renovar sus votos de ser siervos de María. Las lágrimas corrian por sus mejillas, pegados á la tierra se derretía su corazón en amar tiernamente á su bienhechora, y darla gracias. ¿Quién será capaz de explicar en este momento su fervor, su santa efusion, su agradecimiento á la Virgen? ¿Qué gracias tan espresivas no la darian? Faltan espresiones, no se hallan conceptos para manifestar bastantemente su gratitud y reconocimiento; al verse honrados de la Madre de Dios con el há-

bito negro en memoria de sus acerbísimos dolores y de su soledad.

Fué luego el superior de estos, Buenhijo, á dar cuenta á su obispo Arduigo de esta vision tan extraordinaria, quien la oyó lleno de admiracion y pasmo. Mandó que inmediatamente se hiciesen siete hábitos negros, que eran túnica, capilla, escapulario y manto. Al dia siguiente subió al monte Senario, acompañado de la nobleza y de las personas mas distinguidas de la ciudad: llegaron al oratorio donde se hallaban los devotos siervos de Maria postrados á sus soberanos pies, despidiendo de sus rostros un celestial resplandor. Celebró el obispo, les dió la comunión, y acabada la misa les vistió el santo hábito; haciéndolos al mismo tiempo una alocucion la mas tierna y espresiva: «Cesen ya, carísimos hermanos, les dijo, vuestros temores, ya no tenéis que dudar. Tantos prodigios, tan señalados favores como os dispensa la mano benéfica de la Virgen, manifiestan bien claramente ser ella la fundadora de esta nueva religion. «Ella os ha dado el glorioso título de siervos suyos, no solo para vosotros, sino para los demás. No resistais á su voluntad, dad rendidas gracias porque entre millones os ha escogido para que seais las cabezas de los muchos que se acogerán bajo el manto prodigioso de su proteccion, de este manto admirable que representa su viudez y su luto por la muerte de su amado Hijo, y que llevó despues todo el discurso de su vida. «La Virgen es quien os viste y os adorna con este misterioso ropaje. Yo solo soy instrumento para ejecutar su voluntad. «Observad puntualmente esta orden de S. Agustin, que tambien es don de la Virgen: ella os servirá de escala para subir al cielo.» En seguida hicieron la profesion pública y los votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad; y confirmó en el oficio de Prior á Buenhijo, siendo éste el primer Prior general de esta religion.

Este fué el nacimiento de esta célebre religion aprobada por varios sumos Pontífices con el nombre de Servitas ó Siervos de Maria, los que despues de cerca de seis siglos conservan aun el mismo espíritu de sus fundadores, y la misma religiosidad. Desde aqui se ha de contar propiamente la verdadera época de esta célebre fundacion apoyada con tantos testimonios nada sospechosos, autorizada con tantos milagros, honrada con tantos privilegios; y favorecida continuamente con las abundantes bendiciones que derrama Dios sobre los siervos que saben aprovecharse de los infinitos tesoros que están como vinculados en ella. ¡Oh! ¡cuantas gracias no debemos dar á Jesucristo y su

Madre porque se ha dignado manifestarnos sus bondades por medio de esta religion! Ella es aquella estirpe santa de los ilustres hijos del monte Senario: ella aquel orden afortunado en el que de edad en edad se ha visto perpetuarse la humildad mas profunda, la penitencia mas austera, el celo mas acendrado, el menosprecio del mundo mas sincero, el odio de sí mas perfecto, el amor á Dios y á su Madre mas ardiente y mas tierno: ella es el orden en que una constante sucesion de Santos espone á nuestra vida los ejemplos mas brillantes de virtudes, y en el que sus hijos, herederos del espíritu de los primeros fundadores, conservan todavía en nuestros tiempos la hermosura de su instituto, y el mismo espíritu que aquéllos, trasmitiéndose de siglo en siglo, como depositarios, los frutos de su piedad y de sus virtudes.

SAN MARTIN DE LEON.

SAN Martin, decoroso ornamento de los Canónigos Regulares segun la regla de S. Agustin, tan célebre en el siglo XII por su prodigiosa vida, como por su ciencia infusa, nació en la ciudad de Leon de España ó en su territorio de una de las ilustres familias oriundas de aquella capital. Pidieron al Señor sus padres Juan y Eugenia con fervorosos ruegos que les diese sucesion para su consuelo; y oidas sus reverentes súplicas, les concedió á Martin para que aumentase la gloria de sus ascendientes, y diese honor inmortal á su patria. Aplicáronse sus padres con el mayor desvelo á dar al niño una educacion tan propia de su piedad como de su nacimiento, animados no tanto para que fuese heredero de sus bienes temporales, cuanto de sus virtudes, y de sus ejemplos; pero presto conocieron que á los eficaces medios de que se valian para su buena crianza, hacia grandes ventajas otro maestro interior que ilustraba su entendimiento, y formaba los rectísimos dictámenes de su inocente corazon: dejándose ver en sus mas tiernos años, como si estuviese perfectamente instruido en los caminos de la perfeccion. En efecto previnole el Señor desde la cuna con las mas bellas disposiciones para la virtud, enriqueció á su dichosa alma con los tesoros del cielo, y venciendo con estos dones los desordenados movimientos de las pasiones, fué su infancia un preludio de su santidad futura, sin que en ella fuesen otras sus diversiones que las obras de piedad, de amor de Dios, y de caridad para con el prójimo.

Murió la madre del Santo en su edad tierna, y deseoso su padre de dedicarse enteramente al servicio del Señor separado de los